

# EL PROBLEMA DE LA NACIÓN: DEL TIEMPO PREHISPÁNICO AL SIGLO XVI

**Luis Guzmán Palomino.  
Germán Calderón Ticse.**

## **Antes de la conquista española**

En el Perú la palabra nación empieza a ser citada de forma escrita en la referencia que hacen los cronistas de los siglos XVI y XVIII a los diversos conglomerados sociales que habitaban el país de los Incas. Hablaron así, por ejemplo, de las nación Cañari, la nación Huanca, la nación Chachapoya y la nación Chanka. Procedentes de la España feudal, los cronistas aludían básicamente a la connotación geográfica, pero también a otros rasgos que distinguían a cada una de esas naciones.

Al respecto, el etnohistoriador Waldemar Espinoza Soriano anota: *«Los cronistas afirman que la humanidad esparcida a lo largo y ancho de lo que fue el Tahuantinsuyo estaba dividida en naciones; y dieron determinados criterios para identificar una nación y reconocer a sus miembros. En primer término, de conformidad a los citados cronistas, cada atuncuracazgo conformaba una nación, en la cual: 1° sus miembros estaban organizados políticamente como un Estado; 2° tenían costumbres y hasta lengua, o un dialecto propio; y 3° poseían una tradición cultural y religiosa en la que se reconocían».*

Se aprecia entonces que varios de los rasgos constitutivos de la nación en la moderna concepción europea, estaban también presentes en la temprana denominación peruana. La interpretación marxista reconoce también la antigüedad de lo que llama *«las nacionalidades peruanas (que) formaban parte del imperio de los Incas o Tahuantinsuyo».*

Si bien no existe documentación escrita para el tiempo que precede a los Estados regionales que fueron integrados por el Imperio de los Incas, puede

hablarse de integración cultural -uno de los componentes de la nación- desde épocas más antiguas, incluso antes de que apareciese el Estado en los Andes. Las tradiciones de los cazadores que se extendieron en un vasto territorio, como las de Lauricocha, Ayampitín y Paiján, ya daban cuenta de gentes que compartían instrumentos de trabajo, formas de vida y posiblemente un lenguaje propio.

Tiempo después los primeros Estados teocráticos van a mostrar varios rasgos de integración en los territorios donde van a ejercer dominio o influencia. Chavín y Tiahuanaco integrarían muchos pueblos no sólo con sus dioses, sino también con el objetivo político trazado por sus clases dominantes, así como con las expresiones artísticas que mostraron tradiciones propias extendidas en el espacio y el tiempo.

La posterior diferenciación crearía identidades locales y regionales. Las tuvieron los Moche, Nazca, Huarpa y Pucara, por citar los nombres de los principales Estados de aquel tiempo. Y posteriormente, hacia el siglo décimo de nuestra era, el territorio andino sería escenario de un primer intento de integración nacional -si cabe el término- al surgir el primer imperio con los Wari. Imperio que se concibe como sujeción de varios estados locales y regionales por el más poderoso, que busca imponer por las armas su dominio político, económico, social y cultural. Es poco probable que lograra ese objetivo en términos absolutos, pero Wari dominó cuatro siglos y debió extender sus formas de vida en un vasto territorio.

El tiempo posterior a la desintegración de ese primer imperio fue signado por una nueva diferenciación local y regional, surgiendo lo que Waldemar Espinoza Soriano denomina atuncuracazgos, conglomerados sociales que van a ser regidos por grandes curacas (reyezuelos o reyes). Fueron las *naciones* que vieron los cronistas. A ese tiempo siguió, como se sabe, el del imperio dominado por los Incas. Estos trataron de imponer algunos rasgos de integración nacional, pero no pudieron adelantar mucho pues cuando su dominio panandino recién se consolidaba irrumpieron en él los invasores

españoles. Identificada con el Estado imperial sólo estuvo la nación Inca propiamente dicha, lo que explica que casi todas las otras naciones conformantes del Tahuantinsuyo coadyuvaran a su destrucción aliándose con los españoles.

Los Incas no sólo fracasaron en su proyecto de buscar una identidad nacional -lo intentaron tratando de imponer un idioma obligatorio y un dios principal, por citar dos rasgos-, sino que el ejercicio de su dominio generó a la postre una alianza de todas las demás naciones en su contra. Alianza de la cual no fueron empero conscientes los Cañaris, Chachapoyas o Huancas que contribuyeron decisivamente en el triunfo español. Esas naciones actuaron así porque querían recuperar su autonomía local o regional. Nada las identificaba; eran diferentes unas de otras. En las guerras del XVI participaron separadas según su nación, como lo habían hecho cuando de grado o de fuerza integraron antes el ejército imperial incaico.

La hecatombe del siglo XVI arrasó casi de inmediato con uno de los rasgos configurativos de esas naciones: la organización política local o regional, pues sobre todas se impuso el Estado español, con mucha más fuerza que el de los Incas. Sin embargo, dichas naciones conservaron aún por mucho tiempo sus propias tradiciones culturales (un reconocido terruño ancestral, costumbres, vestimentas, dioses, idiomas y hasta una historia local o regional propia). El Cañari, el Huanca o el Chanca informante de los cronistas así lo puso de manifiesto. Las primeras *Relaciones Geográficas de Indias* que datan de mediados del siglo XVI, pero especialmente del tiempo del virrey Toledo, permiten apreciar nítidamente esas distinciones. Distinciones que además fueron repetidas en diferentes informaciones de carácter administrativo, en especial por los censos de tributarios.

La concepción marxista hace también mención de «*las nacionalidades peruanas (que) formaban parte del Virreinato del Perú*». Naciones o nacionalidades, como quiera llamárseles, guardan relación con lo que en tiempo más reciente ha dado en llamarse etnias. País multinacional o multiétnico, el de los Incas y el de la colonia.

Si bien la concepción moderna de nación es reciente, el vocablo fue utilizado desde la Edad Media. En el Perú figura ya en las primeras crónicas del XVI y con una connotación bastante parecida a la actual. La conquista española va a provocar el problema de la identidad de los peruanos, según sus pobladores sean o se sientan cercanos a cada uno de los dos grupos conformantes de una sociedad que desde entonces aparece escindida.

### **De la resistencia incaica al Taki Onccoy**

En el afán de consolidar su dominio en el Perú, los españoles no van a distinguir naciones nativas. Ellos portan una tremenda carga de racismo e identifican a todos los indios del Perú como sujetos pasibles de ser sometidos, explotados e incluso exterminados, si el caso lo requiriese. De esto toma clara conciencia desde tiempo tan temprano como 1535 el monarca nativo Manco Inca, cuya declaratoria de guerra a los conquistadores españoles, transcrita por el cronista Pedro Cieza de León, es un primer antecedente de *objetivo nacional*: liberar al país del yugo extranjero. Aunque dicho *objetivo nacional* se dio sólo al interior de la selecta elite, la que secundó al joven Inca en su infortunada guerra de reconquista.

La mayoría de naciones conformantes del derrumbado Tahuantinsuyo no tuvieron entonces plena conciencia de lo que sucedía. De allí que varias lucharan a favor de los españoles. Pero es importante mencionar que otras, si bien pocas, comenzaron a identificarse en su condición de sociedades que luchaban por recuperar o conservar su autonomía. Está por ejemplo el caso de los diferentes pueblos del sur que se opusieron con las armas a la primera incursión de los españoles por lo que actualmente es Bolivia, el norte de Argentina y Chile. La prédica nativista fue allí difundida por el sumo sacerdote incaico Vila Oma, a quien se destaca como ideólogo de ese primer movimiento libertario.

Y también debe mencionarse la identificación que con los ideales de Manco Inca van a mostrar varias naciones amazónicas, especialmente las de Vilcabamba, zona convertida en bastión de la resistencia, habitada por

Mashcos, Piro, Machigüengas y Campas. Esa adhesión se hizo extensiva a los sucesores de Manco Inca, hasta Túpac Amaru: y luego, vistos los estragos de la presencia española, en esas naciones se afianzó el ideal de resistir a los blancos.

La identidad racial nativa debe haber surgido por entonces: el indio iba a ver con miedo y recelo a seres humanos físicamente distintos a él. Cabe destacar que el recuerdo del Inca se enraizó en toda la extensión de la Amazonía, reforzado seguramente por sobrevivientes de la primera lucha libertaria que migraron a esa región, desde Moxos (Mozoc Allpa o Tierra Nueva) en el oriente boliviano hasta el territorio norteño de los Quijos, en cuyas cercanías habitaron nuevos orejones, a sí mismos llamados con este nombre y que continuaron la costumbre de horadarse las orejas, que debieron ver en los viejos orejones del Cusco. Las leyendas sobre los reinos del Enim y del Paytiti se repitieron a todo lo largo de la Amazonía, citándose esas sedes como enclaves de montaña poblados por descendientes de los Incas.

Ahí tal vez la explicación de la acogida que iba a recibir tiempo después la prédica de Juan Santos Atahualpa, quien lograría la adhesión de todas las naciones amazónicas de la región central. Alianza que por igual se dio antes en el siglo XVII, en que Cunibos, Shipibos, Settebos, Campas, Ashánincas y otros más cesaron de momento sus disputas internas para luchar contra los españoles y expulsarlos de sus territorios.

Por igual de temprana se dio la identidad india en los pueblos de la sierra y de la costa, al sacar en cuenta que todos por igual habían devenido dominados por los blancos. Antes incluso del período toledano, tan nefasto para las poblaciones indias, esa identidad se manifestaría con la aparición de los primeros movimientos de redención nativista, de ideología mesiánica.

Hay quienes piensan que fue en Vilcabamba donde se gestó esa forma de lucha. Un mapa encontrado en Jauja el año 1565, con la ruta a seguir hasta ese bastión de la resistencia incaica, parece ser un indicio probatorio de tal supuesto. Lo cierto es que en diferentes pueblos, desde el Mantaro hasta el

Apurímac, se extendió la prédica nativista en el sentido de que el caos y la desventura para los indios -genocidio, cruel explotación, despojo de tierras, enfermedades, hambre- era consecuencia del abandono de los dioses ancestrales, que habían sido sustituidos por el dios de los cristianos. En consecuencia, para volver al *orden* había que resucitar los cultos antiguos, rechazando la cruz y otras imágenes de los blancos.

Ese movimiento se conoce como del Taki Onccoy, en referencia al rito que precedía a la acción violenta. Ese nombre puede traducirse como «*Canto o Baile del Dolor*», y posiblemente fue tal; hay quienes consideran que allí debe ubicarse el origen de la danza de las tijeras, practicada hasta hoy precisamente en el territorio que fue escenario de lucha en la década de 1560-1570.

Asistimos pues al momento en que dejan de ser distintas las naciones de los Chancas, Soras, Lucanas y Chocorvos, por citar a algunas de las involucradas, pasando todas a ser idénticas, en tanto que por igual sienten y padecen los estragos de la dominación española. Sus integrantes van a empezar a reconocerse a sí mismos como los runakuna, hombres del común, pobladores a quienes une el ideal de liberarse. Y ésta es la primera de las luchas populares anticoloniales. Ya no era una elite la que luchaba prácticamente aislada de la masa campesina, como ocurrió con la de los Incas de Vilcabamba. Esta vez insurgía el pueblo, si bien conducido por los antiguos sacerdotes nativos.

Sobre el taki Onccoy Waldemar Espinoza Soriano ha escrito las siguientes líneas: «*Establecida ya la colonia con sus típicas estructuras feudales-mercantiles, produjo un impacto cultural e ideológico negativo para los runas (nombre quechua de la población que habitaba el Tahuantinsuyo). Un impacto tan chocante al extremo que 33 años después, en 1565, se generó un movimiento de libertad y salvación nativista que recibe el nombre de Taquioncoy. El cual está asociado a la diosminución de los indios, hecho que se indicó en 1540 y continuó hasta mediados del siglo XVII. Sólo se detuvo en la segunda mitad de esta centuria, para recuperarse en el XVIII, que fue el siglo de mayor aculturación.*

*La despoblación o merma del material humano indígena estaba motivada por varias causas: 1° mortandades irrogadas por las guerras interétnicas (p.e. atahualpistas versus huascaristas); 2° por las luchas de resistencia (p.e. Manco Inca versus Francisco Pizarro); 3° las campañas de conquista española en Chile, Argentina y selva, a los que llevaban miles de auxiliares indígenas, los cuales no regresaban jamás; 4° abusos y trabajos forzados en minas, obrajes y lavaderos y 5° fundamentalmente por las epidemias de viruela, sarampión y gripe que asolaron a miles de ayllus.*

*El Taquioncoy fue, verdaderamente, un movimiento de libertad y salvación nativista con ribetes de rebeldía, donde actuaron pugnazmente los cantores-danzantes o «musicantes» indígenas. Taquioncoy quiere decir, cabalmente, enfermedad del canto. Surgió entre los Lucanas de la sierra central en 1565, extendiéndose pronto, como un torrente, a la etnia o nación de los Soras, Parinacochas y otras comarcas. Ideológicamente rechazaba todo cuanto pudiese significar el acatamiento de los usos, costumbres, religión y cultura de los conquistadores españoles. Fue, por consiguiente, un movimiento anticristiano, algo así como una «guerra santa indígena». En él se habían unido la integridad de sacerdotes de la totalidad de cultos del ex Tahuantinsuyo. Se manifestaba mediante lamentaciones acompañado de bailes que imitaban las convulsiones. Una especie de «enfermedad de la melancolía», que es también como podría traducirse la palabra Taquioncoy. Los documentos descriptivos que existen permiten diagnosticar de que ingerían alucinógenos, con efectos tremendos, al punto de hacer creer a los participantes de estar poseídos por sus huacas o divinidades. El personaje en trance podía responder a todas las preguntas, cuyas respuestas eran recibidas como de oráculos. Estos afirmaban que Jesucristo era un dios extranjero, un dios ajeno al Perú: que los dioses cristianos eran mudos, que no respondían a las interrogaciones de los sacerdotes y sacerdotisas. Por eso prohibieron de que los runas ingresasen a los templos católicos, so pena de ser castigados por las divinidades autóctonas: que habría sequía, que sus campos no producirían, que los animales morirían, que la viruela se*

*enseñaría con los indios. Pero este fenómeno social fue sofocado por el clero y el gobierno civil-militar colonial. Fue reprimido duramente, aplastándosele en su totalidad».*

La apreciación del culto etnohistoriador, que es reciente, no se condice con los sucesos acontecidos poco después en el mismo escenario, ampliamente documentado por informes jesuitas. De hecho, los movimientos nativistas debieron darse ininterrumpidamente hasta la mitad del siglo XVII, provocando las campañas llamadas de «*extirpación de idolatrías*» que tanto preocuparon a los Concilios Limenses al punto que dictaron severas políticas represivas.

### **De la rebelión de los Pendes al Moro Onccoy**

La posterior época toledana sería muy dura para la población nativa. El asalto y destrucción del reducto incaico de Vilcabamba, con la muerte de sus defensores y el decapitación pública de Túpac Amaru en el Cuzco, habrían de generar cambios en la mentalidad de los runakuna. Vieron en el Inca a una víctima, como ellos, y lamentaron su muerte. Esa identificación se daba en toda la extensión del territorio andino. Unos pueblos rememorarían desde entonces la muerte de Atahualpa; otros la de Túpac Amaru. Cambiaron así la visión negativa que otrora tuvieran del Inca; ya no era el odiado explotador, cuya destrucción aprobaron muchos. Y surgió la visión idílica, la del monarca paternalista, protector de los pobres.

Muchos pueblos volvieron a sus prácticas culturales ancestrales. Algunos eludieron todo contacto con los españoles, alejándose a regiones inhóspitas donde iba a ser difícil que los alcanzasen. Otros aceptaron aparentemente la cultura de dominación, pero conservando subrepticamente valores propios, respecto a lo cual se menciona la figura del sincretismo.

El Inca como figura emblemática de rebeldía fue mencionado en diversas latitudes. Por citar un caso, bajo el gobierno del virrey Toledo se le citó en la guerra antiespañola de los Pendes, sacerdotes de la nación de los



Quijos, Sus descendientes habitan hasta hoy las márgenes del río Napo y sus afluentes, entre ellos el río Coca. Son llamados Quechuas del Napo en el Perú y Yumbos en el Ecuador. En las primeras crónicas se les llamó también Canelos, y a veces fueron citados indistintamente con los Jíbaros y Omaguas. Hoy se llaman también santarosinos. Sólo en tiempos de Guayna Cápac, los Incas habían intentado penetrar sus posiciones, sin poder sojuzgarlos. Atahualpa, antes de iniciar la guerra civil contra Huáscar, llegó hasta las márgenes del río Coca, llamado el río de los Quijos.

Esa tierra, a la que los españoles denominaron de la Canela por crecer en ella la codiciada especie, fue invadida por Gonzalo Díaz de Pineda y Gonzalo Pizarro en 1538 y 1539, sucesivamente, aunque sin tomar posesión de ella. Veinte años más tarde entraría Rodrigo Núñez de Bonilla, para fundar la ciudad de Baeza, a orillas del río de Quijos, convirtiéndola en sede de la gobernación colonial del mismo nombre. Andrés Contero, su sucesor, adelantaría la entrada en 1572, fundando dos nuevas ciudades, Avila y Archidona. Nacieron por entonces las reducciones jesuitas y surgieron las encomiendas, con graves estragos para la población nativa.

La opresión impuesta por los españoles avecindados en esas tres ciudades, fue a todas luces brutal, al punto que en 1578 el visitador Pedro de Ortegón *«ordenó matar algunos perros que los españoles tenían, que eran muy bravos guerreros y domesticadores de los indios, de tal manera que los tenían sujetos y avasallados que no había indio que osase desvergonzar ni levantar contra la obediencia de su amo»*.

Tras varios años de padecimientos, los Quijos, acaudillados por los Pendes, sus sacerdotes, decidieron emprender la lucha libertaria. Repárese que en varias regiones del virreinato habían surgido movimientos nativistas. Y que el ciclo del Taki Onccoy iba a tener su correlato en el del Moro Onccoy.

Beto, Guami, Imbate y Jumandi fueron los sacerdotes Pendes que exhortaron a la rebelión, anunciando que los dioses nativos *«mandaban matar a los españoles con sus mujeres e hijos»*. Estalló el alzamiento el 29 de noviembre

de 1579, tomando los Quijos las ciudades de Avila y Archidona y matando a casi todos sus vecinos españoles. Los que lograron escapar llevaron la noticia a Quito, donde inmediatamente se organizó una expedición de guerra, a órdenes de Rodrigo Núñez de Bonilla.

Trescientos españoles, de a pie y a caballo, perfectamente equipados, marcharon desde Quito a contener la insurrección. En los alrededores de la ciudad de Baeza se libraron intensos combates, que a la postre favorecieron a los represores, cuya potencia de fuego fue incontestable. Los Quijos, armados de flechas y lanzas, no pudieron contrarrestar el poderío de los arcabuces y optaron por retirarse a la montaña. En los siguientes días, el jefe español Rodrigo Núñez de Bonilla desató una tenaz persecución, y así por los caminos tuvo "*muchos encuentros y guazabaras*" con los indios, que salían a tomarles el paso y estorbárselo.

En enero de 1580 se produjeron espantosas masacres, y fueron muchos los rebeldes que cayeron prisioneros, conduciéndoseles a Quito para ser públicamente ejecutados. Para los líderes apresados, la sentencia de muerte fue espeluznante: "*Los Pendes -relata la crónica española- se hallaron tan culpados que los oidores de la audiencia de Quito los condenaron a que fuesen traídos por las calles públicas en un carro, donde fuesen atenaceados con tenazas de fuego ardiendo, y de allí los llevasen al rollo, donde fuesen ahorcados y hechos cuartos, y sus cuartos puestos en los caminos y las cabezas en el rollo*". Tal salvajismo fue perpetrado al pie de la letra.

Tras el genocidio, esa tierra fue repoblada, efectuándose un nuevo reparto entre los españoles. Lo destacable es que los Quijos, antes reacios a la presencia de los Incas, apoyasen la prédica que entre ellos hizo la princesa cusqueña Guachay, que estuvo al lado de los Pendes. Ella fue llamada a declarar en Quito, donde dijo haber entrado en Iques y Atuniques siendo muy niña, cuando acompañaba el séquito de Guayna Cápac.

Entre las crónicas que hablan de este movimiento libertario cabe citar las de Reginaldo de Lizárraga, «*Descripción breve del Perú*» y Toribio de Ortiguera,

«*Jornada del río Marañón*». Alberto Chirif y Carlos Mora anotan que en 1603, otro Jumandi, tal vez sucesor del líder de 1579, encabezó una nueva rebelión.

### **El ciclo del Moro Onccoy**

Habíamos dicho que la resistencia natvista se iba a dar ininterrumpidamente y que al ciclo del Taki Onccoy siguió el del Moro Onccoy, que pasamos a describir. El 30 de noviembre de 1585 se festejaba en Lima la asunción al poder del séptimo virrey Fernando Torres y Portugal Conde del Villar don Pardo, anciano que gobernó durante cuatro años, en un tiempo de severa crisis para las grandes mayorías, afectadas por la maquinaria de opresión montada por Toledo, por las mitas a Potosí y Huancavelica, por el despojo de las tierras, por terremotos, paludismo y una severa epidemia de viruela que diezmó a la población nativa. La viruela, llamada en quechua Moro Onccoy, sirvió precisamente a los sacerdotes indios para renovar la propaganda libertaria en una suerte de segundo ciclo del Taqui Onccoy, teniendo por principales focos a varias provincias de los actuales departamentos de Apurímac y Ayacucho. En Arequipa se dio también algo similar, luego de los terremotos que sufriera esa región, llevándose ofrendas al Misti.

Como en el Taki Onccoy, la característica general del movimiento fue la resurrección de los cultos nativos y el abandono de la religión que trataban de imponer los españoles. Según los líderes libertarios, el caos que trastornaba al mundo andino era consecuencia del abandono de los dioses tutelares, y el orden (o regreso al tiempo precedente a la invasión española) retornaría en la medida en que esos dioses volviesen a tener vigencia. Algunos, como el caudillo Yanahuara, fueron directos en la prédica, señalando que era llegado el tiempo de restaurar el estado autónomo. La «*Historia o Narración de las cosas sucedidas en el colegio del Cuzco de estos reinos del Perú*», escrita por el jesuita Antonio de Vega a finales del siglo XVI, contiene valiosos documentos respecto a este movimiento, firmados por varios de sus represores.

Visitando hacia 1580 la provincia de los Chancas, los jesuitas descubrieron que los cultos nativos habían renacido. Los indios -informaron-

*«seguían las pisadas de sus antepasados, adorando huacas, haciendo sacrificios y confiando en hechiceros, los cuales les hacían reverenciar al rayo, sol, luna y estrellas».* Noticiadas de ello, las autoridades virreinales emprendieron severas campañas represivas, quemando aldeas, robando ganados y usurpando tierras, con participación de la iglesia cristiana en el reparto del botín.

En la vecina provincia de Vilcas el movimiento fue descubierto en 1594. Los líderes nativistas propagandizaban que el orden volvería al mundo andino sólo si los indios renegaban de todo lo occidental, pues de lo contrario continuaría y se agravaría el caos. Así, *«por orden de los Ayaricos y Churis - como se llamaron los sacerdotes nativos- los indios observaron el rito de lavarse en la junta de dos ríos, persuadiéndose de que así se congraciaban con sus dioses ancestrales».* *«Y en acabando esta ceremonia -se lee en la crónica de Antonio de Vega-, iban a adorar a un árbol que en la ribera estaba, llamado Vilca, que era de grande estima entre los indios... Y pregonóse que todos los indios que adorasen lo que los cristianos adoraban y tuviesen cruces, rosarios, imágenes y vestidos de los españoles, habrían de perecer en la enfermedad de pestilencia que la huaca enviaba, en castigo porque se habían hecho cristianos. Por los caminos y quebradas fueron arrojadas las reliquias y vestimentas de los extranjeros; y hasta se supo que los indios, al bajar a los poblados españoles, no hacían reverencia alguna a la cruz de los cristianos».*

Adoradores de ídolos se hallaron también en las provincias vecinas de Soras, Chalcos y Andamarcas, mencionadas antes en el tiempo del Taqui Onccoy. La grave sequía que azotó esa región fue coyuntura precisa para la prédica nativista. Y se vino a descubrir que *«los indios hacían juntas para adorar a las nubes y hacerles un gran sacrificio de animales, porque les faltaba agua para sus chacras. La represión fue inmediata, predicándose contra este rito y superstición pues tenía inficionada mucha gente».*

En la provincias de Aymaraes-Antabamba surgió un importante movimiento que fue descubierto por los cristianos antes de 1596, cuando

ejercía el rectorado del colegio jesuita del Cuzco Diego de Torres. Visitaba la provincia el corregidor Francisco de Loayza, cuando fue informado del suceso por un indio renegado. Vino así a saberse que *«habiendo pasado en esta provincia la enfermedad de viruela y teniéndose noticia de la muerte de 6,000 indios, se levantó en ella un indio ladino, gran lengua y experimentado en embustes... (quien) hizo pregonar en Huaquirca que todos los hombres se juntasen y subiesen a un cerro a adorar y sacrificar a una huaca e ídolo llamado Picti, la cual enojada porque le habían quitado su adoración antigua y la habían dado al dios de los cristianos, prometía que si no se volvía a sus antiguos ritos y ceremonias, habría de destruirlos enviándoles la enfermedad del Moro-Onccoy...»*.

*«Pudo tanto con las razones y eficacia de sus palabras -refiere la crónica jesuita- que luego se juntaron para el día señalado cuatro pueblos, y subiendo a un cerro muy áspero, todos los indios adoraron la huaca al modo antiguo, poniendo la mano izquierda en el cerebro y la derecha delante del rostro hacia la parte donde la huaca estaba, haciendo cierto ruido con los labios y ofreciendo lo que llevaban; otros se tiraban y pelaban las cejas y se postraban en el suelo...»*.

*«Cada ayllu o parcialidad seguía a su modo la ceremonia; cantaban sus endechas y decían oraciones en honor a la huaca, levantando uno solo la voz y respondiendo los demás. Todos ofrecían maíz de diferentes colores y asimismo el que llaman pacaray, que es blando y de mucha estima entre ellos, y con ellos hacían una masa que llaman sanco, de que formaban los ídolos. Estaban en ese sacrificio con gran ruido de tambores y otros instrumentos de flautilla»*.

Con esa noticia el corregidor procedió a la represión. Al mando de una columna armada sorpresivamente subió al cerro, hallando a los indios en pleno ritual. Destruyó entonces la huaca y capturó a sus adoradores. Al pasar por Aymaraes descubrió que un curaca predicaba en la lengua aymara a favor de las huacas y contra el dios cristiano. El líder fue capturado pero extrañamente pudo evadirse, «volviendo a las alturas para adorar a la enfermedad (Moro

Onccoy)... que venía para castigarlos de parte del Supay, que así llamaban al demonio». Supo asimismo que una sacerdotisa nativa aconsejaba a su pueblo arrepentirse de haber sido cristianos y haber recibido el bautismo, y que *«protestasen que de allí en adelante servirían a las huacas de sus antepasados. Prácticamente toda la provincia había sido ganada por los nativos, pues según narra la fuente jesuita, era tanta la miseria en que estaban, que los indios acudían a las punas y huacas antiguas y allí pedían remedio... Y era tanta su ceguedad y dureza de corazón, que se dejaban morir caminando largos caminos, negando la carne y la sangre y lo que es más, negando al dios cristiano por seguir a sus huacas»*.

Crónicas coloniales describen también cultos nativistas en Arequipa, que por entonces hubo de sufrir los estragos de una renovada actividad tectónica. Hubo procesiones de dioses nativos en la ruta de los volcanes, y hasta sacrificios humanos. Los recientes descubrimientos arqueológicos podrían revelar no sólo sucesos del tiempo de los Incas sino incluso los de principios del siglo XVII.

Escenario importante de cultos nativistas sería luego la sierra de Lima, particularmente las provincias de Huarochirí y Cajatambo, que tuvieron notoria influencia incaica. Dieron detallada información sobre ello los religiosos de la Compañía de Jesús, afanados no sólo en combatir lo que llamaron *«idolatrías»* sino en posesionarse de las tierras de los *«idólatras»*. Presionaron a tal extremo que las autoridades eclesiásticas convocadas a los Concilios de Lima ordenaron severas represiones, a las que se denominó *«rejas»*. El Cercado de Lima, precisamente, debió su nombre a la cerca que se construyó en sus afueras para encerrar a los sacerdotes nativos que fueron aprisionados en gran número.

Entre los represores jesuitas estuvo el criollo cuzqueño Francisco de Ávila, a quien se acusó de realizar exacciones en los curatos de San Damián y Huarochirí, siendo exculpado por el arzobispo Toribio de Mogrovejo, notable represor, quien lo autorizó para continuar con las *«extirpaciones»*, lo que hizo en San Damián, San Lorenzo de Quinti, Santa María de Jesús, Chome, Sisicaya

y San Bartolomé de Suyacancha. Escribió un «*Memorial de las visita a Huarochirí*» y un «*Tratado y relación de los errores, falsos dioses y otras supersticiones y ritos diabólicos en que vivían antiguamente los indios de la provincia de Huarochirí, Masma y Chaclla*», inmortalizándolo Guaman Poma en uno de sus dibujos. Presidió en 1643 un auto de fe en el que se quemaron tres mil mallquis o momias y se destruyeron treinta «*ídolos*», además de grandes cantidades de quipus y kellkas.

Otro represor fue el criollo limeño Fernando de Avendaño, actuante en San Pedro de Casta, San Francisco de Ihuarí de los Checras y Cajatambo; calificador de la Santa Inquisición y perseguidor de «*idolatrías*» hasta 1650, experiencia que le valió para redactar el opúsculo titulado «*Los errores de los indios*» y una «*Relación de idolatrías de los indios*». Y tan famoso como ellos fue el español José de Arriaga, autor de una crónica titulada, precisamente, «*Extirpación de idolatrías*». Por orden del virrey príncipe de Esquilache, dirigió la construcción de la cárcel del Cercado de Lima, a la que ya hicimos alusión, y buscó la conversión de los indios nobles con la fundación del Colegio de Caciques, que entró en funciones el año 1619.

Lo expuesto nos señala a las claras la escisión social producida en el Perú, formándose dos grandes grupos notoriamente diferenciados. Los documentos de la época hablaron de la coexistencia de dos naciones: la de los españoles, que nucleaba a peninsulares y criollos y la de los indios, que incluía tanto a la antigua nobleza como a los indios del común. Al margen de ellas se ubicaron los mestizos y las castas producto de diversos cruces raciales.

### **Una temprana conciencia de peruanidad**

Así como mencionamos a españoles criollos pensando y actuando como los españoles peninsulares, es de rigor señalar que hubo también criollos de mucho mérito en esa primera mitad del siglo XVII, que asumieron el Perú como una patria, identificándose además con el triste sino de sus mayorías indias. Tal hizo el fraile franciscano Buenaventura de Salinas y Córdova, ilustre limeño, cuyo «*Memorial de las historias del Nuevo Mundo Pirú*», escrito en

1630, consignó las más dramáticas páginas de protesta contra la dominación colonial.

Así como Garcilaso había hablado del Perú como «*nuestra patria*», Salinas y Córdova mencionó que escribía «*por amor a la patria*», considerando a la patria como «*un dios segundo*». Tuvo clara conciencia de pertenecer a la patria peruana, viendo con dolor la escisión social producida en ella por la iniquidad de los españoles. Y reclamó lo mismo que Guaman Poma de Ayala, justicia y buen gobierno para todos los pobladores del Perú.

Salinas y Córdova nació el año 1592 en el seno de una familia de noble linaje. Poco es lo que se sabe de sus primeros años, apenas que sirvió de paje en la corte virreinal hasta 1615. Estudió en el Colegio Real de San Martín y en la Universidad de San Marcos, ocupando por sus méritos el cargo de secretario mayor del gobierno virreinal. Parece irónico, pero tan alto funcionario devino pronto acérrimo opositor del sistema, proceso de transformación que tuvo que ver, seguramente, con su renuncia a la alta burocracia para ingresar de fraile en el convento franciscano de Lima.

Desde la cátedra y desde el púlpito Salinas y Córdova hizo una valiente denuncia de la insufrible explotación ejercida sobre las mayorías indias. Es que fue testigo presencial y consciente de la angustia, desamparo y desdicha de los oprimidos, testigo indignado del terrible contraste que existió entre las leyes dictadas por la corona española y la realidad peruana donde toda esa legislación se convirtió en letra muerta. Por eso fue que se convirtió en acusador de encomenderos, curas y frailes, de propietarios de minas, terratenientes, caciques, corregidores y, en fin, de todo el aparato de dominación culpable de la cruel explotación de la población nativa. No exageró al confesar que escribía con los ojos llenos de lágrimas por la terrible y espantosa realidad de la que era impotente testigo. Y por ello tendría atrevidísimas frases de condena, al describir con crudeza el genocidio: «*Terribles y espantosas son aquellas cosas -escribió- pero yo diré gritando hasta que muera que es más cruel y más terrible que el mundo entero se acabe y se carcoma, que pierda Dios sus derechos y provechos, que le quiten a*



*la iglesia sus triunfos, a que perezcan infinitas almas de gentiles convertidos a la fe, del cargo de vuestra majestad».*

Respecto a los padecimientos de los mitayos de Huancavelica consignó las siguientes líneas: *“Sírvese vuestra majestad considerar lo mucho que los indios padecen en las minas de Huancavelica, así por el rigor del trabajo que tienen en entrar quinientas cincuenta varas debajo de la tierra como en quebrantar la dureza del metal, enfermar y morir el polvillo que sale al golpe de la barreta y que les entra por la respiración de la boca y las narices, y salir cargados del mismo metal de aquella profundidad, donde jamás se ve la luz del sol, abierto el pecho, cubiertos de sudor y de sangre que muchos echan de la boca.*

*«El aire de allá dentro, como nunca corre, es escaso, enemigo de la vida humana, y a todos los almadea; y el que sopla y baña cuando llegan a la boca del socavón, como es delgado, los traspasa, y mata. El agua que beben cuando salen sedientos es frigidísima y sobre todo el rigor y crueldad que hallan en los mineros y mayordomos que residen en las minas, y de muchos mestizos que es codicia violenta y conocida tiranía que le saca la sangre».*

Realmente patéticas fueron sus referencias sobre la desesperación en que cayeron muchos de los oprimidos, que al no vislumbrar remedio alguno para sus males optaron por el suicidio, matando incluso a sus seres más queridos a fin de que no padecieran lo que ellos habían sufrido: *“Habiendo llegado al valle de Jauja un indio, que volvía de la mina de Huancavelica a ver a su tierra, halló muerta a la mujer, y a los dos hijuelos, de edad de cuatro a seis años, en casa de una tía suya. Llegó tras él el curaca, y queriéndolo llevar otra vez a la mina, le dijo: “Bien sé que te hago agravio pues acabas de salir del socavón y te hallas viudo y con dos hijos que sustentar, flaco y consumido del trabajo que has pasado; pero no puedo más porque no hallo indios para enterar la mita, y si no cumplo el número me quebrantarán, azotarán y beberán la sangre; duélete de mí y volvamos a la mina”. Respondióle el indio a su curaca: “Tú eres el que no se duele de tu sangre, pues viéndome tocado del polvillo y que hallo muerta a mi mujer y con estos*

*dos hijuelos que sustentar, sin tierras que sembrar ni ropa que vestirme, me haces tal agravio". Y no aprovechando con el curaca la razón y la justicia de ese indio, cogió sus dos hijuelos y los sacó una legua del pueblo, y abrazándoles y besándolos tiernamente dijoles que los quería librar de los trabajos que él pasaba, sacando dos cordeles se los puso a las gargantas y hecho verdugo de sus propios hijos los ahorcó de un árbol; y sacando luego que llegó el cura con el curaca, un cuchillo carnicero, se lo clavó en la garganta, entregando el alma a los demonios por verse libre de la opresión de las minas. Y lo mismo hacen las madres, porque en pariendo varones los ahogan".*

Así pues, a la mortal opresión material siguió sin remedio la debacle moral entre los dominados; el suicidio sería cosa común en el siglo XVII, cuando la otra alternativa era vivir en un continuo martirio; y la reacción de las madres indias fue dantesca, según relata Salinas y Córdova: *"Aquí dan voces las provincias del Perú, antiguamente pobladas de infinitas gentes de indios poderosos, tan ricos, opulentas y llenas de tesoros, y ahora tan pobres y assoladas. Aquí lloran lágrimas de sangre y se lamentan los valles de Jauja, las provincias de los Yauyos y muy grandes poblaciones porque se acaban sus indios en la opresión, trabajos y agonías que pasan... Y viendo las madres cuan poco ganan sus hijos y lo inmenso que padecen hasta llegar a la muerte, los mancan cuando nacen, los hacen jorobados, les sacan los ojos, les tronchan los pies, para que pidan limosna y queden con esto libres de la servidumbre en que los ponen los que pasan de Europa y otros reinos puesta la mira sólo en volverse ricos a costa de infinitas vidas de indios, que dejan muertos en sus tratos y ganancias inhumanas".*

Conmueve la lectura de tan horrendos pasajes, y se entiende el por qué la población nativa fue formando una personalidad notoriamente dañada: *"Al tiempo de las mitas es lástima ver traer los indios de cincuenta en cincuenta, y de ciento en ciento, encadenados como malecheros en ramales y argollas de hierro; y las mujeres, los hijuelos y parientes, se despiden de los templos, dejan tapiadas sus casas y los van siguiendo, dando alaridos al cielo,*

*cantando en su lengua endechas tristes y lamentaciones lúgubres, despidiéndose de ellos sin esperanza de volverlos a ver, porque allí se quedan y mueren infelizmente en los socavones y laberintos de Huancavelica. Aquí se ven las ventas de las mulas, los empeños de los vestidos; y lo que es más de sentir: por este tiempo empeñan, alquilan sus hijas y mujeres a los mineros, a los soldados y mestizos, a cincuenta y sesenta pesos, por verse libres de la mina. Y ahora escribe un clérigo sacerdote y cura, que habiéndole sacado un soldado de la iglesia a donde se había venido a recoger, una india muy hermosa de dieciséis años, fue a pedir el cura auxilio a la justicia, y decía: “Señor corregidor, Isabel (que así se llamaba la india) está empeñada en setenta pesos, de que tengo esta cédula de su padre (al ) que libré de la mina, y hasta que me la saquen y devuelvan mi plata, no la tengo (por qué) entregar sino servirme de ella”. Y así se la dejó llevar el corregidor a su albedrío, llorando la india y diciendo que cómo no le valía la iglesia, y (que) habiendo nacido libre en su tierra la hacían esclava del pecado. De esta suerte alquilan los indios a sus hijas y mujeres, y todos aquellos pueblos están llenos de mestizos bastardos y adulterinos, testigos vivos de los estupros, adulterios y violencias de tantos desalmados... Y todo esto sufren aquellos miserables indios, contando el modo con que trabajan, el rigor y profundidad, la malicia y horrores de los metales, el humo interminable de las velas de sebo con que se alumbran en aquellas tinieblas espesas, como las de los egipcios, la angostura y aprieto del lugar, la corrupción del aire en el aliento y sudor de tantos cuerpos como trabajan, el polvillo que salen de los metales, la falta de la respiración que allí tienen por no correr el aire; la subida inmensa hasta la boca de socavón, la carga que suben del metal, colgada del pecho y la garganta, que excede a sus flacas fuerzas, subiendo por prolijas y empinadas escalas de donde se precipitan y caen deshechos; el aire delgadísimo y frío que hallan en la boca del socavón cuando salen cargando y sudando; el agua que beben con el gran calor que traen, frigidísima; que todo junto es una imagen viva de la muerte y negra sombra del infierno. Y así mueren infinitos, y muy aprisa se va acabando la estatua*

*de oro y plata y de metal que representa el Pirú, porque ya los pies están gotosos y como son de barro y tierra frágil, se descantonan, quiebran y deshacen».*

El estado virreinal no podía tolerar la prédica humanística de Salinas y Córdova y al cabo decretó su destierro a México. Allá terminó sus días el buen fraile, sin poder ver nuevamente la tierra a la que reiteradamente llamó con orgullo: «*mi patria*».

### **Tempranos proyectos autonomistas**

El sector de mestizos creció numéricamente conforme avanzaba el tiempo. Y de acuerdo con su ascendencia materna se ubicó o fue ubicado en las dos grandes naciones formadas tras la conquista. Algunos cientos de mestizos que tuvieron madre nativa noble pugnaron por identificarse como españoles. En tanto que miles de mestizos de madres del común fueron confundidos con los demás indios. Los raros casos de mestizos de padre nativo -lógicamente noble- se identificaron con la nación india; mestizo de esta índole, en cierto grado, fue el gran Túpac Amaru.

Al margen de las dos grandes naciones, claramente, estuvieron los negros y sus diversas variantes mestizas, también denominadas castas. Todos apegados más bien a los españoles y distanciados notoriamente de los indios. Una excepción a esta regla se dio en 1603, al aliarse los negros esclavizados en las haciendas cañeras de Vilcabamba con los nativos que poblaban los contornos, para emprender una lucha conjunta contra los españoles. Lo más extraordinario en esto fue que los negros, que por esos años «*trataban a los indios de perros*», aceptaran como líder a Francisco Chichima, indio de la nación de los Pilcozones, que otrora sirviera a Túpac Amaru. La rebelión fue aplastada y muertos sus jefes indios y negros.

En tiempo posterior otros líderes indios, como Gabriel Manco Cápac, Juan Santos Atahuallpa y José Gabriel Túpac Amaru, convocarían el apoyo de los negros ofreciéndoles la libertad, propugnando una alianza de clase que no llegó a fructificar.

Entre los primeros mestizos de significación en el Perú está un personaje tan importante como Diego de Almagro El Mozo, hijo del viejo Almagro en una india panameña. Significativo, decimos, pues mestizo en el poder ha habido muy contados en el Perú, regido siempre por la albocracia. Significativo, también, porque en algún momento de su lucha el joven Almagro estuvo a punto de efectivizar una alianza con Manco Inca. Los documentos señalan que se avanzó mucho en esas tratativas y que sólo una delación de última hora impidió la reunión, precipitando la derrota de Almagro en la batalla de Chupas, el 16 de setiembre de 1542, siendo decapitado por su vencedor el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, defensor de los fueros del rey hispano. Presentado así aquel suceso, cabe conjeturar la posibilidad del surgimiento de un Perú mestizo en momento tan temprano. Como también la hubo en 1546, al demandar los capitanes del rebelde Gonzalo Pizarro, principalmente el famoso Carvajal, una alianza con los Incas, para crear un linaje de reyes mestizos, independientes de España. Dicen las crónicas que simpatizando con esa corriente, Gonzalo Pizarro fue aclamado como Inca al hacer su triunfal entrada en el Cuzco. No hay referencia mayor sobre el asunto y de cualquier forma pronto se frustró esa probabilidad; cerca del Cuzco, en Jaquijaguana, desertó la mayor parte del ejército rebelde, siendo ejecutados Gonzalo Pizarro y Carvajal por mandato del nuevo gobernador, el licenciado Pedro Gasca, celosísimo guardián de la causa realista.

Otro efímero brote independentista, aunque no con el proyecto de un país mestizo, fue el de Francisco Hernández Girón, también rebelde contra el rey. Se dice que su esposa doña Mencía de Sosa recibió tratamiento de «*reina del Perú*» y que las huestes insurreccionadas, además de enarbolar el lema «*comerán los pobres del Perú y se hartarán*», consintieron en sus filas a un «*ejército etiopí*», formado por negros a quienes se prometió redimir de esclavitud. Como quiera que fuese, fracasó Girón y fue decapitado en Lima, el 8 de diciembre de 1554.

Y un último intento de esa índole fue el de Lope de Aguirre y Fernando de Guzmán, quienes en plena incursión por la Amazonía, rumbo al mítico

reino de El Dorado, concibieron la idea de independizar el Perú del reino español. En la desembocadura del Putumayo Guzmán fue proclamado «*Rey de los Maraños*», pero lo sería por poco tiempo, ya que en la noche del año nuevo de 1561 Aguirre ordenó su muerte asumiendo el mando con el título de «*Fuerte Caudillo*». No lo sería mucho pues fue a su vez traicionado y muerto cuando intentaba salir por el Atlántico rumbo a Francia.

### **El trauma de los mestizos**

Por igual mostrarían resentimiento y frustración tanto los mestizos de madres nobles como los de ascendencia común. Estos últimos, especialmente, sufrirían lo que Julio Roldán describe crudamente como un «*inmenso golpe de agravio*», cuyas nefastas secuelas moldearon la parte negativa de la población mayoritaria del Perú. «*Cuando el occidental tenía deseos de saciar su apetito sexual -explica el sociólogo- no podía hacerlo con sus mujeres, pues en un primer momento sólo llegan hombres, y en consecuencia recurrirán a las indias, que eran consideradas igual o inferiores a los animales. Planteamos esto porque, incluso el animal, cuando desea poseer a la hembra, lo hace con cierto sentimiento, la corteja y la enamora: pero el invasor no manifiesta ningún tipo de halago ni consideración para con las nativas, las toman a la fuerza y sencillamente las violan, no uno solamente sino varios, muchos quizás. Esta relación, que para las nativas, en caso de relaciones normales, era un «rito mítico-religioso», se convierte de la noche a la mañana, por obra y gracia de los «barbudos forasteros», en una tortura humillante. Muchas nativas quedaron embarazadas como producto de esta violación. Ellas no sabían de quién era ese «fruto amargo». Uno, porque eran varios los saciados, y dos, porque no sabían ni cómo se llamaban éstos. Esta mujer transmitía su trauma al feto y cuando el infante nace y crece hacía la pregunta lógica y normal: ¿quién es mi padre?, y la madre no sabía que contestar... El resultado de esta violación histórico-social es el mestizo, un hijo de muchos padres, en el fondo un hijo sin padre. Este hijo nacerá, crecerá, vivirá y transmitirá su condición, su angustia, su mal, su trauma y su no saber, como alguien dijo, «quién diablos es» a sus descendientes. Éste es*

*uno de los más grandes problemas histórico-sociales y culturales que soporta nuestra maltrecha sociedad».*

Pablo Macera refuerza lo dicho señalando que *«esto no tendría ninguna importancia si fuera una experiencia individual, pero en aquellas sociedades en que hay, históricamente, un agravio colectivo como en Perú... se produce un agravio, el agravio colonial. Y no hay todavía una rectificación completa de ese agravio. O sea que el agravio continúa siendo resentido. Y en función de este resentimiento construimos nuestra acción histórica. éste es el caso del Perú como colectividad social... El Perú es un país resentido. Las clases populares son clases sociales resentidas».*

En el plano de la conciencia histórica, se forman a partir de los siglos XVI y XVII dos visiones contrapuestas. Las delimita la posición que asumen respecto a lo que fue la conquista española del país que a partir de entonces empieza a llamarse Perú. Una se identificará con la epopeya de los vencedores, o justificará el hecho destacando algunas de sus consecuencias aparentemente positivas. Otra sentirá como debieron sentir los vencidos, deplorando hasta hoy la herencia colonial. Conviene hacer hincapié en que Pablo Macera, al hablar del trauma histórico-cultural generado por la conquista española, señala a renglón seguido que como todo fenómeno social el resentimiento tiene su contradicción y *«puede ser el fundamento de una formación positiva de una moral revolucionaria».* En otras palabras lo mismo dio a entender Manuel Scorza al hablar de la *«reunión de la cólera».*

El caso del Inca Garcilaso es singular y sobre ello se ha escrito mucho. Mestizo de madre incaica ambiciona ser reconocido como español y al ser despreciado por su padre proclamó su peruanidad. Es el primero y de allí su valía; pero no se define culturalmente en su vida ni en sus escritos, donde a veces actúa y piensa como Inca y otras como español. Y como para un apreciable sector de peruanos Garcilaso aparece como símbolo prototípico del mestizaje cultural, Macera lo condena con severidad mostrándolo como la antítesis de la peruanidad.

*«Garcilaso -dice Macera en «Las furias y las penas»- acepta el destino señalado por su padre y dice: «soy un caballero español con limitaciones porque debo admitir mi condición de mestizo y de bastardo pero... existen otros en Europa que también son bastardos, como don Juan de Austria, hermano del rey de España... ¿Por qué debo continuar marginado? ¡Voy a jugar esa carta! Y Garcilaso se la juega hasta el final. Hasta la mitad de su vida quiere ser español... ¿Y qué hace para ser español? Las más grandes porquerías que puede hacer un arribista, por meteque, y la peor... combatir en España a los mestizos igual que él. Garcilaso consigue ser capitán en España combatiendo a los mestizos y criollos de las Alpujarras. En ese momento Garcilaso es una mierda con todas sus palabras. Y, además, enamora a la sobrina de Góngora, y él sabía quién era Góngora y cómo sus pretensiones disgustaban a la familia. De repente un día le tocan la puerta y le dicen: «De parte del señor marqués de Priego, usted no puede seguir llamándose como se llama. Usted no puede llamarse Gómez Suárez de Figueroa acá abajo en Montilla porque allá arriba el marqués se llama igual que usted. Y usted es demasiado inferior, demasiado porquería, peruano y mestizo, para llamarse igual que él. ¡Cámbiese usted de nombre!».*

Pero debe tomarse en cuenta que Garcilaso de la Vega, como autor de una historia idílica en la que los Incas aparecen como modelo de gobernantes y en una sociedad donde habría primado el bien común, fue precursor de los socialistas utópicos.

Un caso particular protagonizado por mestizos nobles ocurrió en 1567, exactamente el año clave del Taki Onccoy. En alianza con algunos criollos se amotinaron en el Cusco, reclamando el derecho que les asistía, según ellos, de posesionarse de esta tierra como que eran hijos de quienes la habían conquistado. Por entonces, la burocracia venida de España copaba los cargos administrativos, en desmedro de la prole de los conquistadores. Criollos y mestizos exigieron participación en el gobierno, y al ser desatendidas sus demandas tendieron a radicalizarse, buscando el contacto con los Incas para un proyecto mayor con visos de separatismo. Pretendieron captar el apoyo de



los descendientes de Paullo Inca, vale decir del sector nativo más cercano al de los españoles; pero buscaron también la adhesión de los Incas de la Resistencia. Se les acusaría de haber tramado la insurrección general del país, que tuvieron pensado desatar con un audaz golpe de estado en Lima, prefijado para los últimos días de enero de aquel año. Y fueron sindicados como cabecillas Pedro Del Barco, Juan Velasco, Juan Nieto, Juan Arias Maldonado, Antonio de Quiñónez, Sancho de Rojas, Melchor Brizuela y Pedro de Ahedo, todos hijos de conquistadores en princesas nativas. Del Barco fue el más radical, pues decía que *«el más ruin mestizo del Perú era mejor que el mejor español»*. Abortó el alzamiento, por delación de traidores, y los cabecillas fueron tomados prisioneros, en Lima y el Cuzco. Hubo penas de destierro, mas no de muerte, precisamente por ser los culpables hijos de prominentes conquistadores.

### **La crítica social restaurativa**

Hacia 1615 un peruano de raigambre india, cuyo original nombre fue Lázaro pero que se dio a conocer como Felipe Huaman Poma de Ayala, posiblemente de noble linaje Inca y Yarovilca al punto que se autotituló príncipe, terminó de redacar una obra trascendental a la que puso por título **«El primer Nueva Cronica y Buen Gobierno»**. Tuvo entonces la intención de hacerla llegar al rey de España, pero tal vez por oportuna diligencia de algún escandalizado funcionario colonial -o quién sabe debido a qué- el voluminoso tratado, lleno de imágenes muchas de las cuales constituían una denuncia contra el sistema de explotación inhumana impuesto por los españoles, fue a parar a la biblioteca real de Copenhague, pasando desapercibido por más de tres siglos. Sólo bien entrado el siglo XX ese libro fue sacado del olvido y publicado por el americanista Paul Rivet en 1930.

El aporte de Guaman Poma es valiosísimo para la interpretación de la realidad del mundo andino desde distintas especialidades. En nuestra exposición interesa señalar su posición ideológica. Él asumió una actitud muy distinta a la de su contemporáneo el indefinido mestizo Garcilaso de la Vega. Si bien es cierto aceptó la conquista española del Tahuantinsuyo como un hecho

consumado, y por igual la imposición de la religión cristiana, criticó con valentía el trastorno causado por la maquinaria de dominación colonial, describiendo con palabras e imágenes los padecimientos de los dominados, con señalamiento puntual de sus verdugos. En Guaman Poma no aparece la versión idílica del imperio incaico que vemos en Garcilaso; varios de sus dibujos presentan a los orejones cuzqueños como crueles conquistadores. Pero efectúa una comparación de lo anterior y lo posterior a 1532 para decir que el caos se ha impuesto sobre el orden. Y pide entonces la restauración del orden, haciendo la salvedad de que ello corresponde al rey de España que debe valerse de los peruanos para acabar con la mala conducción administrativa y sustituirla por lo que llama un «buen gobierno».

En lo que él llama **buen gobierno** -explica Edmundo Guillén-, *«confronta con ironía y sarcasmo el orden inca, su justicia y opulencia, con la injusticia y miseria impuesta por los españoles, cuya presencia presenta como el gran desastre andino, o sea el pachakuti o cataclismo histórico. Su crítica al régimen de dominación y administración colonial, trasciende dolor y desesperación. Su frase sentenciosa «¡... y no hay remedio!» expresa el drama del Perú andino, sometido a un gobierno extranjero cuyos principales representantes grafica como los «seis animales que se comen a los pobres indios de este reino»: el corregidor es la serpiente; el encomendero es el león; tigres son los españoles que concurren a los tambos y mesones; el cura doctrinero es una zorra; el escribano es un gato y el curaca colaboracionista nombrado a dedo por los españoles es representado como un ratón. En la última parte de su libro, Guaman Poma presenta un sugerente diálogo con el rey de España, a quien habla sobre la necesidad de poner fin a los abusos y sobre la conveniencia de crear un nuevo orden, más humano y cristiano».*

Guaman Poma, que viaja por todo el Perú dando fehaciente testimonio de lo que constata directamente, que no escribe de recuerdo como lo hace Garcilaso, no sólo manifiesta una identidad con respecto a los indios cuyas desgracias denuncia, sino que advierte también una identidad de clase al decir

que los pobres del Perú sufren tanto como los pobres de otras partes del mundo. Aunque señalando a renglón seguido que es de escándalo ver a pobres venidos de España convertirse en ricos al afincarse en el Perú, para volverse contra los pobres indios viéndolos como enemigos.

Pero Guaman Poma, a pesar de distinguir con nitidez el enfrentamiento entre dos naciones distintas, puesto que hasta pidió la separación material de indios y españoles, creyó que el remedio para tantos males podía venir del Estado, citando como primer paso para ello la recuperación del respeto jerárquico, cualidad que existió en el mundo andino, según sus palabras, desde el tiempo anterior al de los Incas.